

## ■ Memoria y tradición en la cultura contemporánea.

La misma sociedad que identifica, padece y analiza la enfermedad llamada «mal de Alzheimer» está dejando en suspenso cuál es el alcance de su pasado que, sin embargo, está más documentado y mejor estudiado que nunca antes. La memoria como capacidad individual o como bien personal es objeto de investigación científico-médica, de glosa divulgativa hasta incorporarse a nuestra mentalidad; pero el pasado en tanto que arquitectura colectiva se contempla a ráfagas, fragmentado a partir de hitos que sabemos preeminentes para unas u otras sociedades nacionales, o continentales, y que parecen suficientes para constituirnos en el tiempo. Este es un rasgo de nuestra cultura.

Existe hoy, y desde hace bastantes años, una evaluación menor del pasado o una merma del valor atribuido a la historia porque pertenecemos a una cultura atada al progreso. Qué digo. Pertenecemos a una «civilización acelerada» que tal vez no necesite siquiera estimar el *progreso* como tal: nos basta el simple y aparente vértigo de la sucesión de avances, transformaciones, superaciones, sin reparar en la satisfacción o validez de cada cosa nueva, de cada acontecimiento capaz si no de borrar, de achicar los anteriores. Confundimos —unas sociedades y unos grupos más que otros— la memoria con la historia y la tradición con la costumbre al punto incluso de deformar la primera para negar la segunda e invocar la tercera por no renunciar a la cuarta. El pasado es ahora informe y permite inconsistencias como esas, pese a que nos asumimos como sociedad *avanzada*. Cabe estar de acuerdo con que cada salto *técnico* en la cultura (el alfabeto, la imprenta, la fotografía, ahora la digitalización) ha convertido la memoria en una facultad humana en peligro; pero no es sólo esa pauta de la historia lo que ahora debiera preocuparnos. Esta vez es el pasado en sí el que corre el riesgo de diluirse, lenta o apresuradamente, ante la facilidad con que es posible manejarlo, adaptarlo a nuestra inquietud del momento. No nos sentimos herederos de un bagaje cultural<sup>1</sup>, ni siquiera probablemente de sucesos marcados en calendarios viejos, porque todo eso está guardado en la gran memoria virtual: «*De la ceguera como arquetipo de la sabiduría y la memoria, hemos pasado a una hipervisión que celebra en la pantalla un continuo presente*»<sup>2</sup>.

Claro que para quienes se acogen a interpretaciones cerradas de la vida, de lo vital más bien, el pasado se resuelve mítica o legendariamente; se hace con él un relato bueno o malo según la doctrina acomodada y el tiempo *muerto* funciona a conveniencia, facilita los tránsitos entre generaciones, deja la mente y las manos libres para encarar un porvenir —que suele estar aferrado al presente— de casitas de chocolate y bodas con perdices: ese «fin de la historia» es tan viejo como el olimpo helénico o como los paraísos de Odín y de Alá, como el cielo cristiano. De ahí un optimismo inconsecuente tanto como un destino trágico. Toda cataplasma espiritual, luego ideológica, ha comportado siempre un criterio hermético del pasado.

Técnicamente hablando la memoria es un mimbre básico de la cultura —el conocimiento en el tiempo—, la razón por tanto de que ésta y su manifestación material se ocupen de cultivar, preservar y rescatar ese conocimiento, sea individual o colectivo. Claro que esa visión algo

1 <sup>1</sup> Zygmunt Bauman ha señalado que estamos perdiendo el sentimiento de tener una tarea, una misión en el planeta, como si no existiera «una herencia que nos sintamos obligados a conservar» (*Letra Internacional*, 104).

2 <sup>2</sup> Andreu Jaume, “In memóriam”, *El País*, 21 de febrero de 2011.

aséptica no termina de explicar el papel que la memoria desempeña en la concepción del pasado o en la historia, y cómo sirve a nuestro tiempo actual. Si quisiéramos limitar la memoria a los recuerdos personales, o de nuestro entorno más o menos inmediato, es obvio que estaríamos atrapados en, como mucho, una maraña de generaciones próximas. Como sabemos que no es así o no sólo así, conviene reconocer que hasta lo que percibimos como memoria más personal, más íntima, está siempre contaminada justamente por la duda razonable acerca de su univocidad, de su exclusividad —de su validez histórica—. Memoria es, además, el conocimiento intuitivo de que el tiempo es compartido, social, y de cuyo transcurso no somos únicos intérpretes.

Creo que en ello debió estribar el origen de la historia: en la necesidad imperiosa —¿malsana?— de conocer también todo o la mayor parte del tiempo que no nos ha correspondido de forma individual pero que sentimos que nos atañe, nos condiciona, nos abre ventanas por las que no sabemos si asomarnos. Y creo que cuando la memoria personal o apenas compartida ilustra existencialmente lo que parecen vacíos en el tiempo de los otros, eso es lo que últimamente llamamos *memoria histórica*: una urgencia por completar, por expandir, la idea del pasado colectivo, como angustia ante un olvido que nos hace inconsistentes, incompletos e insolventes. Contra esa angustia se lucha de diversas formas algunas de las cuales se estrellan ante el deseo de transmutar la certeza personal en patrón institucional, restando importancia al vacío generado por el olvido reglamentado a lo largo de años. Otros, como José E. Colmeiro, han propuesto tejer con paciencia el modo en que la memoria es capaz de vindicar en la práctica su condicionamiento de la cultura<sup>3</sup>.

**CONTEMPORÁNEO.** Otra imprecisión o tal vez simple laxitud de concepto se refiere a la contemporaneidad porque la empleamos como sinónimo de lo coetáneo; imprecisión que ni siquiera la RAE está dispuesta a resolvernó. Lo que sucede ahora, en nuestro tiempo, no contiene a lo contemporáneo sino más bien al revés, de manera que al tomarlo todo por la misma cosa perdemos de vista justamente que lo actual, el presente, no se explica sin una temporalidad inmediata, a su vez asentada en otra más dilatada y ésta aún en una tercera más remota. Para la cultura, su mundo, sus agentes y realizaciones, la conciencia de esa contemporaneidad debiera ser vital, de libro, pues no es otro el fundamento con que tomamos conciencia de qué es persistente, qué dimanante del pasado cercano y qué cabe tomar por innovación, por «vanguardia», por modernidad. La historiografía ciertamente ayuda poco para esa toma de conciencia, pues maneja desde hace siglo y medio la denominación de *Edad Contemporánea* para aludir al pasado desde la Revolución Francesa al momento presente, siendo que en toda esa historia pueden percibirse y acotarse fases diferenciadas, procesos de cambio y tendencias acumuladas.

Resulta difícil asumirnos como «contemporáneos» de la propia Revolución Francesa, del infame Fernando VII y del París de Victor Hugo, etc., etc., por más que nuestra cultura se sepa heredera de todo ello. Somos contemporáneos más bien de *nuestro* conflicto que vendría a ser, aproximadamente, la fuente de energía de *nuestra* incertidumbre. Un conflicto que no se sitúa en el pasado como muchos quisieran —los nacionalismos, las nostalgias del mayo francés o aun de la Guerra Fría o de Andy Warhol— porque sólo se relaciona con la necesidad de ver resuelta de algún modo nuestra relación con el futuro más inmediato. Y es en este conflicto en el que hacemos intervenir una idea del pasado que sirva a nuestras inquietudes para acallarlas o

3 <sup>□</sup> José E. Colmeiro, *Memoria histórica e identidad cultural. De la postguerra a la postmodernidad*. 2005. Anthropos.

[Léxico de incertidumbres culturales]

sublimarlas; por así decir, tomamos lo heredado para adaptarlo a una concepción del presente que en ningún caso resulte desfavorable. Somos así, también, contemporáneos de la tradición o de *nuestra* tradición, si se prefiere, que en realidad se concreta mejor en «las tradiciones» ya que sólo se percibe como reiteraciones, alusiones periódicas o latentes a formas de vida que ya no son, que han sido superadas.

A las sociedades del viejo continente europeo no es muy preciso explicarnos qué es la tradición, pues una de nuestras variables constitutivas —y comparativas— como *avanzadas*, *contemporáneas*, *modernas* y tal, es precisamente el arraigo de lo tradicional, nuestra solera histórica patente a cada paso. Claro que las tradiciones consisten entre nosotros en formas de culto a diversos abolengos territoriales, a la vez que religiosos, burgueses, populares. La tradición, enfocada desde Europa y a renglón seguido desde Occidente, resulta de sucesivas adaptaciones de la celebración de cuanto estimamos nuestra excepcionalidad en la historia, por más que se trate de réplicas aquí y allá de esquemas mentales, de pautas del orden social o de sentido de la fiesta. Somos entonces contemporáneamente tradicionales y viceversa sin remedio, lo que asigna a nuestra cultura y a su sector material un extenso repertorio de manifestaciones, actividades, lucros, ritmos vitales y protocolares de los que no cabe prescindir.

Otra cara de la moneda es la tradición en cuanto parte ineludible de la idea de cambio por cuanto propone certeza respecto al futuro y simboliza con nitidez la diferencia del presente con respecto a lo pasado, a lo que ya es herencia recibida; es la contraposición imprescindible para contar con una idea de modernidad. Pero si sólo fuera un referente propositivo y simbólico su trascendencia sería débil. Además de referencia la tradición es estructura mental y es proceso de socialización —entiéndase que *parte* de una y otro— por lo que tratar de arrasarla, como algunas veces se lee y escucha, aboca simple y llanamente a promover una contemporaneidad inane, inconsistente; en realidad una contemporaneidad *irreal*. La transmisión de conocimiento, de normas sociales, de prácticas probadas, de experiencias válidas y erróneas, es tan precisa a cualquier presente como la de ciencia y saber y pensamiento. El problema a efectos culturales es que, como se avanzaba, no se transmite tradición sino «tradiciones» proyectándose una simbología de pasado descontextualizado respecto de lo actual, que acaso si alcanza para solemnizar el cambio que se intuye logrado o la simple costumbre restaurada. Celebración, sea como sea.

**ADAPTACIÓN.** Lo que se *celebra* ya sólo se sustenta en la memoria. Entonces la incertidumbre se abre con una cuestión elemental: ¿cuándo la tradición, o una tradición, comienza a serlo? Cuándo y cómo, habría que plantearse. Creo, a modo de síntesis, que la respuesta ha de acercarse mucho a la decantación de un consenso en el que clase social, institucionalidad e impacto económico juegan importantes roles a la hora de *irrupir* en la mentalidad y en la cotidianeidad de una sociedad concreta. Porque la tradición implica concreción eidética —cuando no simplificación—, oficiosidad cuando menos y oportunidad material, a lo que pueden sumarse cuantos aditamentos locales y/o globales quieran y puedan identificarse. Reunir esos tres mimbres, si se piensa cautelosamente, es complicado para la mayoría de causas, rituales, efemérides o paradigmas, y más en plazos históricos breves. Se decantan como tradición cosas, ideas y prácticas cuya fecha de inicio es ya materialmente imposible datar, aunque un rasgo del proceso sea justamente la identificación de una fecha, de un «tiempo» que forma parte de la verdad legendaria a despecho de calendarios cambiantes y testimonios volubles. Viene a ser al final la adaptación necesaria de la casuística narrativa para que el consenso fragüe.

Esto sin embargo parece tomado en solfa hoy día. Arturo Leyte por ejemplo, al abordar los desafíos de las humanidades, ha escrito recientemente que vivimos una transformación de la cultura «*que se cifra en una suspensión del problemático significado de la tradición*»<sup>4</sup>. Ese significado *problemático* tal vez se refiera a que estamos viendo cómo tantas expresiones de tradición existen hoy día como entretenimiento, como opción de ocio para importantes tramos generacionales sin perder por ello sus claves arcaizantes, ni que le falten otros grupos sociales que las sigan tratando, manteniendo y cultivando con su *viejo* sentido que, frecuentemente, implica esfuerzo personal y gasto también a escalas de familia o barrio o de círculo más extenso. Esto, que no deja de ser una oportunidad en la gestión de cultura, resulta que se proyecta más allá de lo que veníamos reconociendo como tradición; implica que el consenso de antaño no sólo puede reinventarse sino que se actualiza y, para según quiénes, se *desnaturaliza* como tradición. Y más todavía: somos testigos de la puesta en pie de *nuevas* tradiciones, a veces con una antigüedad de risa, pero con una potencia de convocatoria culturalmente desconcertante y mercantilmente inapelable, también para según quiénes. Recapitulado con crudeza: la tradición es ahora otra fuente de negocio tanto en sus versiones clásicas como en su fenomenología reciente. Pero eso no me parece lo novedoso.

La *innovación* estriba, a mi juicio, en que la misma sociedad tecnológica que confía su memoria al mundo virtual requiere adaptar sus hábitos, singularmente los lúdicos y de expansión, a fórmulas de «tradición». Como todo parece acelerado (el gran espejismo de la globalización, antes del progreso, antes de...) y como el pasado es fragmentario, remoto y estéril, la neo-tradición es de plazo corto, brevísimo, ni semanal en el caso de nuestro venerado *botellón*, y por el estilo en la *celebración* personal o grupal de nuestras costumbres modernas ligadas a la televisión, al videojuego, al estadio, a los toros (sí, también). Ya lo señalaba en otro lugar, pero la innovación de montaje, escenografía, tratamiento de recinto, propaganda, etc., de un recital de rock, que tuvo lugar a fines de los sesenta, se ha constituido en una tradición de nuestra contemporaneidad, un complejo ritual y estético que el negocio de los conciertos —incluso los muchos que no protagoniza la música rock o *heavy* o *punk*... o la copla— ha de respetar escrupulosamente. Porque ese producto-concierto es de largo una tradición instalada en nuestra cultura, transmitida en la socialización vigente: una tradición que garantiza la circunstancia «modernidad». Es contemporáneo.

**HERENCIA.** Si la memoria puede a la vez ser arraigada y ubicua en un manejo de la temporalidad como el que proporcionan internet, la red, la virtualidad en conexión, sucede quizá que su dimensión «impersonal» estaría equivaliendo a la historia y que ésta acaba por ser fundamentalmente *externa*, global por naturaleza, también adaptable, seleccionable, filtrable vía pantalla. Esto no supondría ninguna otra novedad para el género humano: la historia la hemos conocido siempre filtrada, adaptada, seleccionada, sólo que por las élites, por academias y vanguardias, por programas pedagógicos, por discursos torticeros o nobles. Pero así como antes el filtrado procedía de la socialización ahora, además, procede de una pulsión interactiva entre ser y máquina, entre individuo y red: cuenta, entonces, con un innegable glamour futurista.

Lo heredado tiende a empaquetarse, curiosamente, en un juicio al pasado hecho desde esta contemporaneidad glamurosa. Cuando se pregunta a jóvenes —18 a 29 años— más o menos ilustrados por el siglo XX en que nacieron pero con el que al parecer no se sienten concernidos,

4 <sup>4</sup> *El País*, 5 de enero de 2012.

[Léxico de incertidumbres culturales]

tienden a componer una visión a chafarrinones de guerras, frustraciones, desencantos por los que su generación está pagando el pato, pero que también les ha legado ciencia, tecnología, comunicación. En conjunto el siglo XX lo asocian al *gris*. Y aun más, ha comenzado a circular la idea de que un rasgo de lo contemporáneo es la ruptura con el papel del intelectual, con su pasada influencia en las cosas y la política (...?), que se extiende a una decadencia del *tradicional* peso de la cultura, sustituido todo ello por la vigilancia en red. Si es así, quíerese decir que se han heredado cosas, recursos, herramientas, buenos y malos ejemplos, pero no un *legado* capaz de condicionarnos.

*«Mi querido amigo, en el presente todo es ultra, todo tiene una trascendencia continua tanto en la forma de pensar como en la de actuar. Nadie se conoce a sí mismo, nadie conoce el elemento en el que trabaja y evoluciona o la materia en la que se ocupa... se ejerce demasiado pronto una gran presión sobre los jóvenes que luego son arrastrados por la vorágine del tiempo; lo que todo el mundo admira y cada uno busca es la riqueza y la velocidad; el ferrocarril, el correo urgente, los barcos de vapor y los servicios de comunicación son los medios que el mundo de[A]sarrollado utiliza para avanzar y lo que hace que se atasque en la mediocridad. Este fenómeno es además el resultado de la generalidad, de la banalización de una cultura media, intentemos, en la medida de lo posible, mantener nuestro estado de ánimo y entonces, tal vez con algunos otros, seremos los últimos de una época que no volverá pronto»<sup>5</sup>*

Transcurridos prácticamente dos siglos de estas apreciaciones de Goethe las ideas de aceleración, de desconcierto ante el futuro, de banalización de la cultura no han perdido un ápice de vigencia para Occidente; lo llamativo es sin embargo el final del texto: una época que, aunque no pronto, volverá. Quizá sea este el legado que silenciosa y persistentemente sigue entre nosotros. Al fin y al cabo, como asegura el propio Noteboom en el artículo citado «la cultura es una abstracción hasta que se cuenta una historia y cada cultura tiene su propia historia»; y también se preguntaba qué ocurre cuando una cultura se aleja lenta y profundamente de sus raíces. Podría ser que, entonces, la incertidumbre vendría del hecho de no estar contándonos la historia, de no ser responsables de lo heredado porque estuviéramos inmersos en la circulación de símbolos, imágenes e interpretaciones ajenas, que hubiéramos dejado la memoria al cuidado de Google®; y que a eso estuviéramos llamando globalización. Pero el legado seguiría ahí, aquí, y requiriendo apenas la intervención de un narrador.

**VIVIR.** No creo probable, personalmente, perder los recuerdos en términos de conocimiento, de cultura —la incertidumbre fisiológica es otra cosa—; puede suceder que estemos atribuyendo a los recuerdos una responsabilidad ética ante lo real, ante los compromisos de la circunstancia, que trate de suplir o compensar la decadencia ideológica y sitúe la memoria como factoría de ideas e interpretaciones, cosa que es dable pero que no corresponde. Tampoco creo que las tecnologías, internet a la cabeza, desplacen o vayan a anular a la memoria de la persona; en todo caso, pudiera estar sucediendo que esa memoria esté perdiendo funcionalidad intelectual, esté dejando de ser herramienta de reflexión, o esté desenganchándose de la elaboración de un sentido genérico del pasado y la historia. Pero los recuerdos, antes y después de la conectividad, son sustancia de la vida.

A quien se sienta desasistido por la memoria para comprender el flujo de vida quizá quepa recetarle una terapia que, como en la recuperación de motricidad, le hará superar la atrofía de cuanta pedagogía convirtió a la memoria en práctica de derechas y a la cultura en

5 <sup>□</sup> Fragmento de carta de Johann W.von Goethe a Carl Friedrich Zelter en 1825; *apud.* Cees Noteboom, “Abstracciones, historias”, *El País*, 5 de marzo de 2011.

entretenimiento perpetuo —hoy día ponerle discurso medicamentoso a cualquier cosa es jugar con ventaja, ya sé—. En una primera fase nada de tratamiento de choque; calma. Basta con entrar despacio en cómo ha sido que pese a los sinsabores vivir se haya convertido en una causa íntimamente noble. No en farmacia, pero sí en librerías —hay menos, pero no van a desaparecer— expenden, entre otros compuestos, la vida contada por Julio Caro Baroja<sup>6</sup> cuyos efectos reconcilian con el pasado, aclaran la química de la sucesión de las cosas que sucedieron y mejoran a ojos vista la comprensión por el paciente de la honestidad y el sentido crítico como reactivos de la inteligencia. ¡Ah!, además proporciona otra *versión* de la alegría desconocida hasta hoy en la red y, para casos específicos, ayuda a redescubrir Andalucía.

Según la evolución, y siempre bajo supervisión del doctor que suele ser licenciado, puede intentarse un estímulo neuronal de cierta contundencia mediante el contacto con la vida y el pasado en sus manifestaciones más duras y descorazonadoras, en busca de una reacción frente al desencanto con lo que nos rodea. Es tratamiento severo, advierto, pero que vale la pena intentar, sobre todo si se quiere poner en su sitio nuestra idiotez de avezado analista, nuestro desprecio por lo conseguido en común, incluso nuestro pesimismo ante lo insulso de la clase política que nos ha tocado; se despacha bajo la presentación denominada *Isabel II* del acreditado laboratorio que hay en la cabeza de otra Isabel, de apellido Burdiel<sup>7</sup>, en el que se ha logrado algo que la historiografía española tenía por inalcanzable: reconstruir una vida en un conflicto histórico sin perder ni el hilo humano ni la grandeza de la historia, es decir, una biografía. Se verá cómo se recupera ostensiblemente el apetito de otros enfoques y personajes, otras historias de la vida de cuando ni teléfono había.

Aunque se haya completado esta fase sin la aparición de nuevos trastornos seguramente se notarán ciertos síntomas que, convenientemente consultados al licenciado de turno, se sabrá que no son en absoluto anómalos. Pueden manifestarse en forma de complejo de cateto, de hartazgo localista y empacho de ombligo. En ciertos casos puede también derivar hacia el espanto ante Narciso. Nada grave. Al contrario: es sólo el llamado síndrome de qué grande ha de ser el mundo. Su librero de cabecera —de estos sí van quedando menos, se les reconoce porque no recurren al ordenador a la primera de cambio— tendrá mucho gusto en mostrarle la rebotica de memorias y biografías de «extranjeros» (conviene saber que tal etiqueta de genérico es necesaria a efectos de rutina, pero que al paciente terminan por parecerles de casa de toda la vida, como los de casa de toda la vida), donde son multitud los preparados para abrir perspectivas, desbloquear arquetipos y hasta reconciliar a la postre el terruño con el mundo mundial. Casi al azar es viable doparse con los recuerdos del novelista del tiempo, del guionista de cine y televisión, del político demócrata yanqui, del confidente de Jack y Jackie en aquella Casa Blanca de Camelot, el amigo inquieto de la inquietante Anaïs Nin, el homosexual gozoso y discreto que sobrevivió a un tiempo en que obispos y predicadores se dedicaban preferentemente a su *grey*, el pensador asomado al Mediterráneo, el que hizo de la memoria de *Juliano el Apóstata* una narración política que no precisa ser encasillada como *novela histórica*; todo en uno, cual complejo vitamínico: Gore Vidal<sup>8</sup>.

6 Julio Caro Baroja, *Los Baroja (memorias familiares)*. 1997; Caro Raggio Editor.

7 <sup>□</sup> Isabel Burdiel, *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*. 2010. Taurus

8 Gore Vidal, *Una memoria* (Trad. de Richard Guggenheimer). 2006. DeBolsillo.

[Léxico de incertidumbres culturales]

Por ahora basta de terapias, aunque sean tantas las posibles en dosis de Francisco Ayala, Castilla del Pino, Vargas Llosa —su *Pez en el agua*—, la angustia justificativa de Martínez Barrio, la cruda realidad peliculera de Fernán Gómez, el caudal abierto de Caballero Bonald...; eso sin salir de casa. No creo, como decía, que ningún artilugio embote la memoria entre nosotros ni entre las generaciones venideras. Pero sí estoy con otros en que es urgente perderle el miedo al pasado para recobrar la plenitud de la cultura. Sabemos, porque recordamos, que jugamos con la ventaja de un legado complejo, multilingüe, que nunca nos ha de llegar íntegro porque tal cosa sería simplemente abrumadora; pero la alternativa no es confiar en una utopía virtual de cuanto conocimiento heredamos sino entrar en esa supuesta mina de talco con el optimismo de llegar a sus límites caprichosos. Los alcances de esa excavación, que siempre nos explicaremos a conveniencia, han de ser en realidad una adaptación de lo que la memoria propia, ajena y compartida, más la historia, más la tradición, nos traigan a la mano. Será, en cualquier caso, la principal fuente de certezas para encarar la cultura y saberla interminable a fuer de contemporánea.